

TRANSITAR DE UNA MIGRACIÓN INTERNA A UNA INTERNACIONAL: TRES FASES PARA ENTENDER LA MIGRACIÓN FEMENINA OTOMÍ MEZQUITALENSE DENTRO Y FUERA DE MÉXICO*

Ambar Itzel Paz Escalante

“Con talento hemos construido y estamos construyendo el nuevo Mezquital.
Así, parte de los yermos valles se han convertido en vergel,
dejando atrás la sombra de la nube estéril”
(González Cruz, 2010: 15)

Introducción

La migración internacional desde países latinoamericanos cobró importancia en las últimas décadas del siglo XX, y la desigualdad, la falta de oportunidades laborales, la inseguridad, la pobreza y la violencia son sus principales causas (Allendes y Solimano, 2007). En el caso de México, destacan los flujos hacia Estados Unidos y Canadá. Según la División de Población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales (DAES) de las Naciones Unidas, en 2017 se registró que había un total de 12 960 000 migrantes de origen mexicano, de los cuales el 97.8 por ciento había elegido a Estados Unidos como su destino y sólo el 2.2 por ciento optó por Europa, Centroamérica, el Caribe o Sudamérica (Segob y BBVA, 2019).

La presencia de las y los migrantes mexicanos en Estados Unidos ha llevado a analizar la heterogeneidad de esta población asentada en diferentes estados, considerando las identidades étnicas y de género, así como las diversas condiciones socioeconómicas y etarias. Los estudios sociales enfocados en las comunidades, familias y circuitos migratorios proporcionan variadas perspectivas y herramientas para acercarnos al fenómeno no sólo desde una mirada economicista, sino también abordando las emociones y los afectos, así como los roles de género y las experiencias étnicas y culturales de los grupos sociales que han atravesado nuestra frontera norte (Ariza y Portes, 2007; Asakura, 2013; Besserer, 2019, 2014; Durand y Massey, 2003;

* Agradezco la valiosa retroalimentación que recibí durante una presentación de este texto en el seminario permanente interinstitucional “Movilidades en contextos migratorios”.

Fox y Rivera-Salgado, 2004; Hirai, 2009; Paz Escalante, 2021; Pizarro Hernández, 2010; Rivera Sánchez, 2012; Sánchez Gómez, 2007).

La complejidad de las relaciones migratorias entre México y Estados Unidos en el siglo xx e inicios del xxi ha dado como resultado que ambos participen de los cuatro principales corredores migratorios en el mundo: el de México-Estados Unidos (en el que participan 12 700 000 personas), el de Polonia-Alemania (con 1 900 000), el de Rusia-Ucrania (con 3 300 000) y el de Estados Unidos-México (con 900 000). Es así como México se ha posicionado en las últimas décadas como la segunda nación con el mayor número de población emigrante en el mundo, sólo superado por India (Segob y BBVA, 2019).

A lo largo del siglo xx en México se presentaron diversas migraciones internas e internacionales, afectando prácticamente a todas las entidades federativas. En el nivel interno, la migración ocurrió, en buena medida, por la necesidad de mano de obra para las zonas urbanas en expansión y desarrollo económico. Entre 1900 y 1930, los flujos migratorios se dirigieron, principalmente, a la Ciudad de México y a la región fronteriza norte. Entre 1930 y 1980, esos movimientos provenían mayormente del Occidente, Centro y Sursureste, con destino a las principales metrópolis del país. A la par, en ese periodo se suscitó una alta movilidad intrametropolitana en el entonces Distrito Federal, que seguía expandiéndose sobre el Valle de México (Sobrino, 2010).

Como nación pluricultural y plurilingüe, México alberga a más de 56 pueblos originarios, también llamados pueblos indígenas. El Censo de Población y Vivienda 2020 indicó que en el territorio 7 364 645 personas son hablantes de alguna lengua indígena (INEGI, 2021; Martínez, 2021). Estos ciudadanos han formado parte fundamental de los flujos migratorios a Estados Unidos desde mediados del siglo xx, tal es el caso de los purépechas de Michoacán y los mixtecos y zapotecos de Oaxaca, quienes participaron en ello desde la aparición del Programa Bracero que, entre 1942 y 1964, tuvo como principal objetivo llevar mano de obra mexicana a la Unión Americana (Fox y Rivera-Salgado, 2004; Roldán Dávila y Sánchez García, 2015).

La participación de la población indígena en la búsqueda de mercados laborales en el extranjero —principalmente en Estados Unidos— deja al descubierto las asimetrías y desigualdades que enfrentan, toda vez que las razones para su desplazamiento rebasan las carencias económicas. Están,

por ejemplo, la discriminación racial, la exclusión social y política o la falta de oportunidades en sus territorios ancestrales. A esto se añadiría la violencia machista y feminicida de la que son víctimas las mujeres indígenas en origen, tránsito y destino (Roldán Dávila y Sánchez García, 2015; Paz Escalante, 2017).

Las mujeres indígenas mexicanas han tenido una relevante participación en la migración nacional e internacional a lo largo del siglo xx con la finalidad de aportar al sustento y desarrollo familiar y comunitario (Sánchez Gómez, 2014). Ellas consolidaron rutas migratorias en las que han participado acompañadas de otras familiares o amigas de sus lugares de origen. El trabajo migrante de las mujeres y las niñas ha sido, sin duda, uno de los pilares del progreso de familias y comunidades indígenas, pero queda generalmente opacado por el de los varones migrantes (Sánchez Gómez, 2014; Asakura, 2013).

Los contextos de desigualdad, en razón de clase, sexo y raza que han vivido mujeres indígenas, propiciaron que padecieran otras vejaciones hacia su persona, que fueron desde violencias racistas hasta sexuales, que experimentaron de forma cotidiana en los espacios laborales a los que emigraron, tanto en México como en Estados Unidos (Paz Escalante, 2020b). Más adelante conoceremos testimonios de mujeres otomíes que narran sus experiencias como trabajadoras migrantes en la Ciudad de México y en Texas.

El presente artículo tiene como finalidad describir y analizar, desde una perspectiva de género, el fenómeno migratorio de mujeres otomíes hidalguenses, al identificar las tres fases que han desarrollado desde mediados del siglo xx¹ y que nos permiten comprender, desde distintas lógicas y estrategias, cómo han participado del fenómeno migratorio otomí en México y Estados Unidos.

Recurriremos a una perspectiva de género, retomando algunos principios de los estudios feministas (Castañeda, 2014, 2008) para identificar la relevancia de la participación de las otomíes en los procesos migratorios de Hidalgo. Para ello nos basamos en información etnográfica, entrevistas y testimonios de mujeres y hombres otomíes recopilados en distintos periodos

¹ Este escrito es resultado de una investigación más amplia que comenzó en 2015, que es la tesis “Nduñthi dumüi: Latidos del corazón en la migración otomí: circuitos migratorios, remesas afectivas y sororidades entre Ixmiquilpan, Texas y Florida”, presentada en el CIESAS-Ciudad de México, en abril de 2022.

de trabajo de campo —en México y Estados Unidos—, entre 2016 y 2019. A través de una metodología cualitativa detectamos rutas migratorias creadas y utilizadas por mujeres otomíes para insertarse en nichos laborales en México y Estados Unidos, siendo los métodos biográficos y los relatos de vida de mujeres los que nos llevaron a adentrarnos en sus experiencias (Mummert 2015; Velasco Ortiz y Gianturco, 2015).

El objetivo es identificar las rutas y los periodos en que las otomíes emprendieron una migración laboral dentro y fuera del territorio mexicano, a la par de describir cómo era el contexto familiar y social en que ellas vivían durante aquellos años en los que salieron a trabajar. En este punto cabe destacar que algunas entrevistadas salieron a trabajar desde que eran niñas o adolescentes incitadas por sus padres, ya que vivían en condiciones de pobreza; otras transitaron de una migración nacional a una de tipo internacional, pues pudieron comparar los salarios entre México y Estados Unidos y eso las motivó a llegar a Texas; otras más migraron cuando eran niñas, después volvieron a sus pueblos en donde tuvieron hijos, para finalmente emigrar al norte de Texas siendo adultas. Es decir, los testimonios aquí presentados son diversos y complementarios; nos valimos de ellos y de los datos etnográficos para organizar sus relatos y experiencias en tres fases de migración femenina del Mezquital, las que revisaremos en los siguientes apartados.

Ahora bien, las mujeres otomíes hidalguenses han circulado por ciertas rutas migratorias nacionales e internacionales a lo largo del siglo xx, consolidando importantes redes familiares y comunitarias para conseguirlo, y así poder insertarse laboralmente en la Ciudad de México y en Estados Unidos (Paz Escalante, 2017).

En las décadas de los sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado, estas mujeres transitaron por una primera fase de migración que se desarrolló en la Ciudad de México. Una segunda fase tendría lugar en la los noventa y el principal destino fue el sur de Estados Unidos, más concretamente el sur de Texas, siendo las ciudades de Brownsville, Laredo y McAllen sus principales destinos. Luego, la migración femenina llegaría a una última fase, donde sus rutas se unirían con las de los hombres otomíes. Esta situación los llevó, por un lado, a la diversificación de sus rutas y cadenas migratorias dentro del vasto territorio estadounidense, y por el otro, a la consolidación de la comunidad otomí trasnacional, tal como la conocemos en la actualidad.

Para las personas otomíes, lo que inició a mediados del siglo xx como una migración interna y temporal se convirtió poco a poco en una extensa migración internacional que ha transformado la vida en los pueblos indígenas de Hidalgo. Asimismo, comprendemos cómo los migrantes indígenas han llegado a Estados Unidos haciendo uso de sus cadenas migratorias, así como del apoyo entre familiares y paisanos y de diversas estrategias creadas para ayudarse en la búsqueda de empleos y de una vida mejor.

Breve introducción a la migración otomí del Valle del Mezquital

Los otomíes, como pueblo indígena heterogéneo, presentan diversos rasgos socioculturales y lingüísticos que se expresan en los extensos territorios que habitan en el centro de México. Y aunque su identidad va más allá de la lengua indígena materna, a la cual se conoce como hñähñü, es verdad que este rasgo sigue siendo fundamental en México para identificar a las personas indígenas.

Es así como sabemos que en México habitan unos 291 722 hablantes del hñähñü; de este total, el 94 por ciento es bilingüe, ya que también habla español. Las principales entidades donde se localizan son el Estado de México, Guanajuato, Hidalgo, Michoacán, Puebla, Querétaro, Tlaxcala y Veracruz, pero, debido a su intensa actividad migratoria dentro de la república mexicana, se pueden identificar personas de origen otomí en Campeche, la Ciudad de México, Morelos, Quintana Roo, San Luis Potosí y Yucatán, así como en varias ciudades de Estados Unidos (Guerrero Galván, 2012).

Hidalgo tiene una región conocida como Valle del Mezquital (véase el mapa 1) con un fuerte componente rural e indígena, por lo que fue un espacio donde se implementaron diversos proyectos nacionales desde los treinta del siglo xx, pensando en las transformaciones estructurales y socioculturales de sus habitantes. Como lo escribe Raúl Contreras Román (2019), han sido tres los proyectos que han marcado esa región a lo largo del siglo xx: indigenismo, agrarismo y migración.

Para hablar brevemente de estos proyectos, diremos que el del indigenismo se llevó a cabo durante el régimen del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) y tuvo como objetivo generar una modernización sociocultural

de los indígenas a través de la educación. El segundo proyecto, el agrarismo —desarrollado también durante el periodo cardenista, extendiéndose hasta la década de los setenta, cuando México se convirtió en importador de alimentos—, se planteó que a través de los sistemas de riego se llegara a una modernización de la producción agrícola de la región, que conllevara una mejora económica para sus habitantes.

Por último, el proyecto de la migración internacional, que inicia a fines del siglo xx, ha fomentado la necesidad de la captación de remesas, como una fuente de estabilidad económica para los familiares de los migrantes, quienes pueden aspirar a mejores condiciones de vida en los pueblos de dicha región (Contreras Román, 2019).

MAPA I
ESTADO DE HIDALGO Y REGIÓN DEL VALLE DEL MEZQUITAL



FUENTE: Elaboración propia con información del servidor AntropoSig del CIESAS-Ciudad de México.

Asimismo, a través de décadas de estudio en la región del Mezquital, se ha generado un vasto acervo antropológico, lingüístico e histórico gracias al cual podemos conocer más de la ritualidad, sistema de parentesco, orga-

nización social comunitaria, sistema de cargos y fiestas, de la producción económica y agrícola, de la cosmovisión, gastronomía y diversos aspectos de la cultura otomí (Lanks, 1938; Rojas González, 1939; Gamio, 1952; Muñoz *et al.*, 1980; Soustelle, 1993; Galinier, 2001; Dow, 2002, 2000; Lastra de Suárez, 2006; Moreno Alcántara *et al.*, 2006 y Fournier, 2007).

En la actualidad, las y los otomíes del Valle del Mezquital han llamado la atención de los académicos de las ciencias sociales debido a su emigración a Estados Unidos. Este fenómeno ha suscitado una variada producción de obra académica que explora esos desplazamientos (Álvarez Mundo, 1995; Rodríguez Álvarez, 2003; Schmidt y Crummett, 2004; Ortiz Lazcano y López Pérez, 2006; Díaz Castañeda, 2006; Fortuny Loret de Mola y Solís Lizama, 2006; Serrano, 2006; Fortuny Loret de Mola y Juárez Cerdi, 2007; Ortiz Lazcano y Castro Guzmán, 2008; Solís Lizama y Fortuny Loret de Mola, 2010; Rivera Garay y Quezada Ramírez, 2011; Kugel, 2014; Quezada Ramírez, 2018; Contreras Román, 2021). Cabe señalar que en dicha bibliografía especializada se menciona que los principales estados a los que han emigrado son California, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Colorado, Florida, Georgia y Texas.

Debido a la importante participación de los hidalguenses en la migración internacional de México, el Consejo Nacional de Población (Conapo), en 2010, clasificó a Hidalgo como el quinto estado de la república con mayor intensidad migratoria, además de indicar que, de sus ochenta y cuatro municipios, los ubicados en la zona central y el Noroeste eran los de mayor migración, siendo los primeros los que coinciden con el Valle del Mezquital (Conapo, 2010a, 2010b). Esta información nos indica que la emigración a Estados Unidos ha sido una alternativa central para el sustento de las familias hidalguenses de origen indígena en las últimas décadas.

Aunque las otomíes han participado activamente en la migración hidalguense y aportado una buena parte de las remesas para sus familiares en los pueblos de origen, conocemos poco sobre las distintas fases de su migración, sus motivaciones y experiencias como trabajadoras en los lugares a los que se han desplazado, a lo largo del siglo xx tanto en México como en Estados Unidos, por tal razón, el presente texto busca responder a esas interrogantes sobre la participación femenina otomí en la migración mezquitalense (Mummert 2015; Velasco Ortiz y Gianturco, 2015).

Primera fase (1960-1980). Migración de niñas y mujeres otomíes del Valle del Mezquital hacia la Ciudad de México

Desde las tradiciones de estos pueblos indígenas están definidos ciertos roles de género a partir de los cuales se esperaría que los hombres o “jefes de familia” sean los proveedores, por lo que son ellos quienes pueden trabajar fuera del pueblo para obtener mejores ingresos y así llevar el sustento a sus hogares.² Por su parte, de las mujeres se esperaría que se encargaran de cumplir con la maternidad y con la reproducción del espacio doméstico.

A pesar de estas generalidades estipuladas desde los roles y mandatos de género en las comunidades indígenas, observamos una importante y constante participación femenina en la migración nacional e internacional. Pudimos identificar que las mujeres realizaron una emigración laboral en momentos muy precisos de su ciclo vital: o bien cuando eran niñas, o bien cuando se encontraban en la etapa adulta, y al tener ciertas dificultades para sostener a sus hijos e hijas. Hablaremos primero de las niñas migrantes y en la segunda parte, de las adultas migrantes.

De las niñas o jóvenes solteras de familias campesinas otomíes sabemos que desde mediados del siglo xx eran enviadas a trabajar como “sirvientas” en diversos puntos de la Ciudad de México, en las casas de personas mestizas, quienes contaban con más recursos económicos. Las pequeñas desempeñaban labores del hogar como lavar y planchar la ropa, limpiar la casa, hacer la comida, cuidar de los niños e ir al mercado. Algunas no tuvieron acceso a la educación básica ni estaba en sus facultades administrar el sueldo que ganaban, pues era cobrado por el padre o por la madre, ya que éste se consideraba y utilizaba como parte del ingreso familiar de la unidad doméstica a la que pertenecían estas niñas.

Como veremos más adelante con los testimonios presentados, las niñas y jóvenes otomíes sufrieron una cadena de abusos físicos, racistas y sexuales durante sus años como trabajadoras migrantes, pues eran parte de una población altamente vulnerable por el hecho de provenir de zonas campesinas, hablar una lengua indígena y ser mujeres jóvenes sin estudios.

² La migración laboral circular fue acogida por los hombres otomíes, quienes trabajaban fuera y enviaban dinero a sus esposas para el sustento y para ir conformando un mejor patrimonio en sus pueblos natales.

Ahora bien, si miramos un poco atrás y recordamos cómo eran los pueblos otomíes del Valle del Mezquital a mediados del siglo xx, encontraríamos una zona empobrecida y relegada, de la cual Manuel Gamio escribió en 1952 que se trataba de “probablemente la región más árida de México, rincón de mayor pobreza e incultura de la república” (citado en Contreras Román, 2019: 18). Como habíamos mencionado en el apartado anterior, la migración fue un gran proyecto que impactó a todo el Mezquital y en el cual participaron tanto hombres como mujeres con la esperanza de salir de las graves condiciones de pobreza en que vivían.

Por ejemplo, Brígida, una otomí del Mezquital, de cincuenta y nueve años, trabajó desde los nueve en el servicio doméstico. Durante la entrevista confesó que, por trabajar desde entonces, siente que “no tuvo infancia”, ya que para ella no hubo un momento de jugar, reír y divertirse como hacen las y los niños. Desde muy pequeña la enviaron a trabajar y tuvo muchas responsabilidades con las que debía cumplir. La pobreza en su hogar y la necesidad de sus padres de que saliera a trabajar eran prioridades irrefutables con las que cumplió para ayudar con los gastos de sus hermanos pequeños:

Yo empecé, me mandaron a trabajar, yo creo que tenía nueve años, porque en mi familia yo era la segunda de los hermanos; era yo de las grandes; éramos muchos hermanos, éramos nueve; no, somos ocho, pero para ese tiempo estábamos mucho en la pobreza: no teníamos calzado, andábamos descalzas; mis papás no tenían dinero como para comprarnos una ropa nueva, teníamos que buscar en la basura algunos zapatos que tiraban para ponernos. Me acuerdo de que mi mamá tenía que buscar leña en el monte para ir a ofrecer casa por casa y traernos siquiera un taco o un poco de comida de lo que vendía de la leña; de eso nos llevaba de comer a la casa. No teníamos para comer. Y a mi papá, al ver que éramos muchos hermanos, le ofrecieron que, si tenía alguna hija ya mayor para que ayudara en los mandados de la casa; y yo estaba en la escuela en ese entonces, estaba en primero de primaria, apenas estaba yo comenzando, porque no teníamos para los útiles ni para vestirnos, y me acuerdo de que estaba en primero de primaria cuando me sacaron a la mitad del año (Brígida, entrevista en Garland, Texas, 2016).

Aunque ella trabajó para ayudar a su familia a salir de la pobreza extrema, tiene sentimientos encontrados y guarda rencor hacia su papá porque la sacó “con engaños” de la primaria, a pesar de que a ella le hacía mucha ilusión asistir a la escuela. Para ella esa mentira fue muy dolorosa y la marcó:

Y mi papá dijo “hija te vamos a mandar a trabajar con una familia en Ixmiquilpan y te van a mandar a la escuela, vas a estar mejor allá, te van a comprar ropa, te van a comprar calzado, vas a comer mejor”, y yo dije: “pues si me van a comprar ropa y me van a mandar a estudiar a una escuela mejor, pues ¡yo voy! Yo feliz” (risas). Y ahí voy. Y pues, creo cumplí un mes, y yo no había hablado con los señores, yo no era la que tenía que hablar, y yo pensé que mis padres ya habían hablado con los señores, y no, pues yo estaba muy inocente para entonces (Brígida, entrevista en Garland, Texas, 2016).

En la casa de la familia a la que llegó a trabajar, en el centro de Ixmiquilpan, nunca le preguntaron si quería asistir a la escuela, a pesar de que era una niña de nueve años. Su condición de infante humilde e indígena la hacía extremadamente vulnerable y explotable en el medio al que la llevaron sus padres. Recuerda que, en aquella casa, la ponían a desempeñar todo tipo de tareas desde la primera hora de la mañana:

nunca, pero nunca le pregunté a esas personas si me tenían que pagar a mí, sólo sé que trabajé tres años ahí y de esos tres años me mandaban al molino, me mandaban a comprar cosas a la tienda, me mandaban a traer el mandado al centro, caminando ¡eh!, no en carro, caminando, no en el bus ni en nada, ¡caminando! [...] En las mañanas me levantaban temprano para estar en el molino y ya en las tardes me mandaban, pero a traer el pulque, y yo en el resto del día lavaba los trastes, le daba de comer al ganado que tenían ahí y todo tipo de quehacer de la casa y yo estaba esperando a que me mandaran a la escuela y nunca me mandaron. Así fueron tres años y nunca fui a la escuela. Solamente me la pintaron bonito y... yo tan inocente nunca le pregunté a mis papás qué fue del pago [...] Pero de veras, hasta mucho tiempo después desperté (risas) y de todos esos años que trabajé pensé ¿cómo me pagaron si nunca vi el dinero? Porque yo veía la tienda y quería comprarme algo, pero yo no tenía dinero y pues tenía que aguantarme (Brígida, entrevista en Garland, Texas, 2016).

Aunado a la explotación laboral, al acoso y al racismo con el que eran tratadas estas niñas, es de remarcar que no tenían control del salario que percibían, ya que eran los padres quienes hacían el trato con sus empleadores y cobraban íntegro lo que ellas ganaban; de la misma manera lo usaban sin que sus hijas pudieran opinar sobre ello. Según recuerda Brígida, sus padres no le daban nada del dinero que ganaba: “Creo que a mí no me dieron el dinero porque era menor de edad; bueno, yo pienso eso, pero pues no sé”. Años después, cuando murió su papá, enfrentó a su madre y le preguntó

dónde estaba todo ese dinero que ellos habían cobrado por su trabajo, durante los años de su niñez, y cuando supo que su padre a veces lo gastaba en beber y no para el sustento de su madre y sus hermanos se sintió defraudada.

Brígida fue una niña trabajadora migrante en México y actualmente trabaja en Estados Unidos, así que ha transitado por las distintas fases de la migración en las últimas décadas del siglo xx e inicios del XXI, al igual que muchas mujeres del Mezquital. En la actualidad, pese a ser indocumentada en Texas, ha invertido su esfuerzo laboral en el bienestar de su mamá, quien vive en su pueblo natal, Ixmiquilpan, y en su hija, una joven de veintinueve años que vive en la Ciudad de México.

Ya que Brígida siempre tuvo el anhelo de estudiar, ahora que es madre de una joven sólo piensa en apoyarla con remesas para que continúe con sus estudios y pueda un día ser una profesionista. Le envía dinero para que pague una escuela privada y pueda “superarse”. A través de su hija puede cumplir ese sueño frustrado de estudiar y salir adelante como mujer. Gracias a la emigración que emprendió en su adultez, rumbo al norte de Texas, se aseguró un ingreso que le permite darle a su hija esos recursos y oportunidades de los que ella careció en su infancia y juventud.

Otro testimonio que nos habla de esta primera etapa de migración interna es el de Alma, originaria del Mezquital, hoy con sesenta y seis años, quien nos compartió cómo fue emigrar a la vecina Ciudad de México, a mediados del siglo xx. En entrevista relató cómo durante su infancia la vida en el Mezquital fue muy difícil. Recuerda que vivía con su madre y sus hermanos en una humilde casa hecha de varitas de madera y techo de paja, en la cual no había piso; por esto, cuando llovía, su casa se inundaba y tenían que subirse en un tronco de sabino para no mojarse. Con dolor nos confesó que no tenía ni un par de zapatos y que debía caminar descalza por los cerros para hacer sus actividades cotidianas, las cuales la llevaban a andar entre senderos con cactus, matorrales y piedras que le hacían mucho daño:

Y en aquellos años, lo que se vivía era la escasez, el hambre y había mucho sufrimiento. No teníamos agua, hemos batallado por el agua. Y no teníamos casa, sólo teníamos un jacalito³ hecho con varitas, y cuando llovía nos subíamos a una tabla que mi hermano mayor labró con un tronco de árbol de sabino. Y luego, años después, vinieron las casas buenas. Quién sabe en qué año fue

³ Al decir “un jacalito” se refiere a una casa muy humilde de una sola habitación.

que se vino la gloria, porque antes nadie tenía casa, todos vivíamos en un jacal. Y cuando cayó la gloria se levantaron casas y esto se convirtió en un pueblo, porque antes esto era como un pueblito fantasma; todos andábamos sin zapatos entre las espinas.

Y mi madre era muy pobre; era madre soltera, y yo cuando tenía hambre me alimentaba de la leche de la chiva, la ordeñaba y directo de la chichi⁴ tomaba porque no había que comer. Ahora el gato no quiere comer la tortilla, pero antes ni tortilla había. Y me acuerdo de que si se moría un chivo mi mamá lo secaba todo lo ponía en un techo y ahí lo tenía y aunque a la carne le salieran gusanos, mi mamá se los quitaba y así nos comíamos esa carne porque antes no había refrigeradores. Y en aquella época no había borrego, era más el chivo, y se comía con mole. Ahora ya no se come así, porque en mole como que rinde más, y quien daba en aquel momento barbacoa en la fiesta era porque era rico (Alma, entrevista en Ixmiquilpan, Hidalgo, 2018).

Para su familia, debido a las difíciles condiciones de vida y la precariedad en las que se encontraban, fue necesario buscar en la emigración de la hija mayor, Alma, una esperanza para la supervivencia de sus hermanos más pequeños, debido a que con el sueldo que ella cobraría en la Ciudad de México su madre podría tener un poco de dinero para comprarles los alimentos básicos.

Las otomías, al igual que otras indígenas y campesinas mexicanas, emigraron a la capital con la finalidad de trabajar, mayormente en el servicio doméstico y en la venta ambulante (Arizpe, 1985, 1983, 1975). Las hijas mayores, originarias de poblaciones muy pobres y de familias muy grandes, comenzaban a trabajar desde la niñez para ayudar con su salario íntegro a sus padres, encargados de administrar los ingresos familiares. En las grandes urbes a donde llegaron a trabajar, algunas sufrieron maltrato por parte de las y los empleadores por el rechazo a su origen indígena y sus rasgos físicos, que las distinguían de la población mestiza y blanca (Paz Escalante, 2021).

En el caso de las jóvenes otomías, habría que recordar que emigraban a través de redes que se habían ido construyendo entre conocidas y familiares de sus pueblos, quienes también trabajaban en la Ciudad de México.⁵ Mu-

⁴ Al decir “la chichi” se refiere a la ubre de la chiva.

⁵ Habría que decir que en paralelo los jóvenes solteros otomías también salían a trabajar en la construcción en la Ciudad de México. Ellos iban y venían con mayor frecuencia del pueblo a la obra, y desde entonces convivieron y cohabitaron fuera del hogar con sus amigos y parientes, con quienes emigraban y trabajaban en grupo. En la década de los noventa, las mujeres y

chas de ellas en el momento de su migración no sabían hablar español, pues habían crecido comunicándose en su lengua materna el hñähñü. En la capital, su idioma no pasó inadvertido, así que sufrieron discriminación y racismo. Además, tuvieron que aprender español en sus trabajos, algunas de ellas a punta de burlas, regaños y golpes.

Alma emigró del Mezquital en los años sesenta y se desempeñó como trabajadora del hogar en la Ciudad de México desde que era una niña de doce años. Recuerda que su patrona la maltrataba, la insultaba llamándola “india” y la golpeaba en la cabeza con las cosas para que ella memorizara el nombre en español de los objetos que había en la casa, como “el vaso”, “la cuchara”, etcétera. Sufrió diversos abusos y acoso sexual por parte de sus empleadores, así como violencia cotidiana por racismo, por eso hoy dice que uno de sus logros como madre fue no enviar a sus hijas a trabajar “con los ricos” de la capital,⁶ porque experimentó tantos malos tratos y humillaciones que tiene muy claro que no enviaría a sus hijas a pasar la misma suerte.

En lo que respecta a las adultas emigradas desde el Mezquital, sabemos que en sus comunidades no se las consideraba aptas para una vida de migrantes y esperaban que permanecieran en sus pueblos al cuidado de sus familias; sin embargo, las experiencias de las mujeres son diversas y algunas —quienes en su momento fueron señaladas o estigmatizadas por las sociedades patriarcales en sus comunidades— se vieron en la necesidad de emigrar no sólo para mantener a sus familias, sino para rehacer sus vidas alejadas de los constantes chismes y miradas que juzgaban su comportamiento.

Las mujeres señaladas por sus comunidades como “malas” —según los valores del sistema patriarcal—⁷ fueron principalmente las “madres solteras”, a quienes se consideró mujeres de menor valía por ser vistas como promiscuas,⁸ por tanto fueron rechazadas en sus comunidades y

hombres jóvenes otomíes fueron a “probar suerte” a Estados Unidos, donde encontraron, en un inicio, un lugar lleno de oportunidades que les permitía tener el trabajo que querían y la paga que necesitaban, no sólo para ayudar a sus familias, sino para comprar objetos de lujo a los que jamás habían tenido acceso en otro momento.

⁶ Alma se refiere a las personas de la capital como “los ricos”, ya que ella provenía de un contexto humilde y rural.

⁷ Según la antropóloga feminista Marcela Lagarde (2005), las mujeres son calificadas y clasificadas por los hombres como buenas y malas. Asimismo, se cree que para una mujer ser “madresposa” es la única vía de la felicidad desde un imaginario patriarcal. Por otro lado, las mujeres “malas”, serían aquellas estigmatizadas por no apearse a los cánones estipulados por el patriarcado.

⁸ Cuando se aplica el calificativo de “promiscuo” a un hombre las cosas son distintas, ya que a los

tuvieron que vivir con dicho estigma. Otras que corrieron con una suerte similar fueron las mujeres “dejadas” por el marido, pues eran señaladas por dudarse de su fidelidad o de sus capacidades para hacer feliz a su esposo. De la misma manera, las viudas fueron catalogadas como seres incompletos ya que desde el imaginario colectivo se creía que las mujeres eran incapaces de valerse por sí mismas, y por tanto las viudas necesitarían un hombre a su lado que estuviera a cargo de ellas.

Por ser madres solteras, separadas o viudas, estas mujeres tenían sobre sí toda la responsabilidad de ser las proveedoras de sus familias, al tiempo que estaban marcadas por la pobreza, la exclusión social, la violencia de género y la etiqueta de “malas mujeres” o de “mujeres incompletas”. Así fue como, al igual que los hombres “jefes de familia”, optaron por la emigración. Las que eran madres tuvieron que decidir si se llevaban a sus hijos o si los dejaban encargados con sus familiares en sus pueblos natales. Esta opción de salir a probar suerte en otros sitios para ganar un mejor sueldo que les permitiera enviar remesas periódicamente se convirtió en una forma de vida que transformó las relaciones familiares y comunitarias en el Mezquital (Paz Escalante, 2017).

Las solteras otomíes tenían el deber de proveer con su salario a su familia nuclear. Como apuntan Sònia Parella y Leonardo Cavalcanti (2006) —para los casos peruano y ecuatoriano—, la situación socioeconómica de las familias de las migrantes determina los vínculos económicos que se establecen con la persona migrante, y cuando se trata de personas procedentes de sectores económicos bajos, su migración es una estrategia familiar de subsistencia, por lo que las remesas son el pilar de la supervivencia del resto de los miembros de la familia (Parella y Cavalcanti, 2006: 251).

En resumen, tanto las niñas como las adolescentes y las adultas otomíes con hijos —que no tenían a un hombre que se encargara de ellas— fueron el principal componente de esta gran migración femenina del Mezquital que comenzó a mediados del siglo xx y continuó hasta finales de los años ochenta, cuyo principal destino migratorio fue la Ciudad de México, aunque vimos, con el testimonio de Brígida, que algunas niñas fueron enviadas a trabajar a ciudades más pequeñas, como Ixmiquilpan, en casas de personas mestizas, con una condición económica más favorable.

que tienen varias novias o parejas sexuales se los considera “muy machos”, lo cual es visto como un rasgo positivo en la sociedad patriarcal.

A continuación, vamos a ver cómo, a partir de los noventa, las migrantes del Mezquital tienen un perfil distinto, cada vez hay menos niñas saliendo a trabajar y más adolescentes de dieciséis a diecisiete años o madres solteras jóvenes que comienzan a desplazarse por rutas migratorias femeninas para ir a laborar al sur de Texas. Con esto iniciaría una segunda fase en los desplazamientos migratorios de las mujeres otomíes mezquitalenses.

Segunda fase (1980-1990). Cadenas migratorias de mujeres jóvenes del Mezquital en el sur de Texas

En los años ochenta, los hombres otomíes comenzaron a emigrar a Estados Unidos, dejando a un lado su trabajo agrícola y campesino en sus pueblos natales, así como los empleos que tomaban, de manera temporal, en la Ciudad de México, donde se empleaban como albañiles. Tras viajar como migrantes indocumentados, caminando varios días por el desierto, los otomíes llegaban a trabajar en los ranchos ganaderos del sur de Texas.

Estos jóvenes tuvieron la posibilidad de tramitar papeles de residencia estadounidense gracias a la mencionada amnistía de 1986. Aunque no todos lo lograron, un buen grupo se convirtió en un importante vínculo con sus comunidades de procedencia, pues al contar con permisos formales viajaban con frecuencia entre México y Estados Unidos, no sólo para visitar familiares, sino también con fines comerciales, convirtiéndose poco a poco en comerciantes transnacionales, mensajeros, transportistas e, incluso, en “coyotes”.⁹ Dichos servicios, que se ofrecían a paisanos, ayudaban a mantener conectados y en comunicación a los migrantes con sus familiares en las localidades de origen en Hidalgo.

De manera tardía, en los noventa, las mujeres otomíes comenzaron a emigrar a Estados Unidos acompañadas de otras mujeres, amigas o familiares de sus pueblos, pero no siguieron la ruta de los varones. A diferencia de ellos, las mujeres se dirigieron a las ciudades fronterizas de Brownsville, McAllen y Laredo, Texas, colindantes con Tamaulipas. Entre ellas se reco-

⁹ Algunos hombres otomíes que conocían bien el cruce fronterizo por el desierto comenzaron a guiar a otros, primero a sus familiares o conocidos del pueblo, para atravesar caminando de México a Estados Unidos. Algunos, aprovechando su habilidad para ayudar en esta dinámica, decidieron cobrar por cruzar grupos cada vez más grandes de personas, ya no sólo del Valle del Mezquital, sino de diversas partes de Hidalgo (Paz Escalante, 2017).

mendaban con las patronas en Texas, para llevar a otras conocidas a trabajar en casas.

Según recuerda Felicitas, el cruce se realizaba con la intervención de un “coyote”, quien las ayudaba a atravesar el río Bravo. Del otro lado las esperaban sus patronas, quienes incluso se involucraban en la búsqueda del “coyote” y, de la misma manera, pagaban por el cruce de las jóvenes otomíes que llegaban a trabajar en sus casas, haciendo el quehacer y cuidando a los niños:

Y así solita me vine con la muchacha; cruzamos nada más las dos. Es que Laredo está luego, luego en el río. Están Nuevo Laredo y Laredo Texas. Es nada más de llegar a la frontera, y como ella ya había estado ahí, pues conocía y todo; y ella trabajaba en una casa y la señora a la que le ayudaba le había conseguido a la persona que la iba a cruzar, [...] nomás lo que ella quería es que alguien la acompañara para que no viniera sola. A mí también me costó; la que pagó fue mi hermana.

Y luego, pues, el señor que nos cruzó era el que hablaba con la señora y la que le informaba: “no, pues no pudimos cruzar”, y luego pues ya. Y sí, estuvimos trabajando en Laredo como unos seis meses y de ahí nos fuimos para México, y para eso otra hermana y una prima se vinieron, pero para Brownsville y nosotras cuando nos regresamos a México, y volvimos ya no fuimos para Laredo, ya nos fuimos, mi hermana y yo a Brownsville.

Sólo duramos [en México] las navidades y ya nos regresamos en febrero y ahí estaban una hermana y una prima. Y antes como era más fácil de cruzar nos estábamos seis meses y nos íbamos y nos regresábamos, era muy fácil. Y nada más era que les decíamos a nuestros patronas que nos íbamos para México y ellos nos llevaban a la frontera y ya nos decían cuánto tiempo nos íbamos, y ya de regreso les hablábamos y nos buscaban a alguien que nos cruzara, y ya éramos muchas muchachas que estábamos ahí... (Felicitas, entrevista en Richardson, Texas, 2016).

Si bien el cruce fronterizo implicaba el riesgo de atravesar el río con la ayuda de un “coyote”, ellas podían estar del otro lado sin tantos riesgos, y consideraban que valía la pena ir a las ciudades texanas porque ahí encontraron un gran campo laboral como trabajadoras del hogar, ocupación a la que estaban acostumbradas desde años atrás cuando emigraron a Ciudad de México.

A pesar de la distancia de más de novecientos kilómetros entre sus pueblos y esta ciudad, además del gasto del pago del “coyote”, las otomíes

se dirigieron a trabajar en ciudades fronterizas de Texas. Y también llama la atención que la barrera del idioma en México y en Estados Unidos nunca representó un obstáculo para ellas, quienes además del español aprendieron a hablar inglés, volviéndose algunas de ellas trilingües, siendo su lengua materna el hñahñu, que utilizaban para comunicarse mayormente en los espacios domésticos.

En Estados Unidos encontraron mejores salarios y condiciones laborales al emplearse como trabajadoras del hogar. Además algunas mujeres en entrevistas apuntaban que el racismo en razón de su origen indígena, del cual habían sido víctimas en la Ciudad de México, disminuía notablemente al atravesar la frontera. Recordemos que en los imaginarios femeninos sobre las migraciones a la Ciudad de México ellas relataban el sufrimiento que les causaban los malos tratos, el hostigamiento sexual y el desprecio racista por su color de piel, su procedencia humilde y por hablar su lengua materna. En el extranjero, su identidad indígena, tan criticada por sus empleadores en la Ciudad de México, se difuminaba y se intercambiaba por una identidad más neutra, la de “mexicanas”, que las hacía liberarse, por primera vez, de los prejuicios antiindígenas que tanto habían padecido.

Ya para estos años, el Valle del Mezquital había experimentado cambios aparentes; los migrantes comenzaron a mandar remesas para construir sus casas con materiales como el cemento, el tabique y las varillas, los que décadas atrás eran inalcanzables para la mayoría de las familias otomíes, tal como lo vimos en el testimonio de Alma. Es decir que en esta fase las familias indígenas ya tenían ingresos diversificados y varios parientes trabajando en Estados Unidos, y enviaban las remesas. En los noventa, las adolescentes otomíes tenían más posibilidades de estudiar en México, pero las que no tenían gusto por los estudios optaban por emigrar. Algunas pedían permiso a sus padres para ir a Estados Unidos a “alcanzar” o reunirse con familiares, como veremos con el testimonio de Felicitas:

Llegué a Estados Unidos en 1997. Hace veinte años. Cuando yo vine, no venía para acá [norte de Texas] porque yo andaba en Brownsville, que es la frontera. Yo trabajaba allá. La primera vez tenía quince años; me vine con una muchacha que se llama Alondra, que es de allá también [del Mezquital] y que tenía tiempo aquí [en Texas]. Ellas andaban en Laredo, Texas, y mi hermana se había venido con una muchacha y estaba buscando con quién venirse porque no se quería venir sola y me dijo “¡vamos!, al fin que allá está tu hermana”, y pues sí, me animé

y me vine. Estaban mis dos hermanas ahí y de ahí me animé, me convenció [de] que me viniera con ella. Les pregunté a mis papás si me dejaban venirme y me dijeron que si quería, pues sí (Felicitas, entrevista en Richardson, Texas, 2016).

Las jóvenes que emigraban a Estados Unidos lo hacían con cierta emoción, como si se tratara de una aventura. Además, no hay que olvidar que ir a trabajar al “Norte” implicaba volver a ver a sus hermanas, primas, amigas y demás familiares que ya estaban allá, lo cual era un móvil importante para su migración. Y sumado a esto estaba la ilusión que les generaba la idea de ganar en dólares y tener dinero suficiente para comprar cosas como ropa, zapatos, entre otros artículos, a los que habían tenido acceso limitado en sus pueblos de origen. De aquellos años, Remedios, mujer otomí que hoy habita en el Mezquital, recuerda cómo sus hermanas mayores iban a trabajar a Brownsville, Texas, y volvían al pueblo con regalos para las fiestas de diciembre, fechas en las que llegaban a pasar una temporada con sus familiares: “siempre venían cargadas con regalos”. Lo que sus hermanas mayores le regalaban eran zapatos y ropa, debido a que en sus pueblos había acceso limitado a prendas de vestir de moda, además de que portar ropa estadounidense daba prestigio y era un símbolo de distinción:

Me acuerdo de que cuando mi hermana Verónica se fue a trabajar a Estados Unidos yo tenía trece años, y cuando ella regresó trajo muchas cosas, y trajo zapatos de tacón que nosotras no conocíamos, porque antes traíamos puras chancitas de esas de plástico. Yo no sé si le regalaron los zapatos o si ella los compró, pero en aquella ocasión ¡nos emocionamos todas! y aunque no nos quedaban los zapatos ahí nos los queríamos poner (risas) (Remedios, 55 años, entrevista en Ixmiquilpan, Hidalgo, 2018).

Las ofertas de trabajo y sueldos que recibían las mujeres en Texas eran mucho mejores que en la Ciudad de México, situación que invitaba a más y más jóvenes a descubrir esos nuevos nichos laborales en donde incluso tenían una comunicación fluida y amable con sus empleadores. Fue así como algunas mencionan haber hecho muy buena amistad con ellos, quienes se preocupaban no sólo porque estuvieran a gusto en su lugar de trabajo, sino que veían la forma de que tuvieran su espacio de esparcimiento y descanso, en los centros comerciales o en reuniones con sus amigas en los días de descanso:

Nosotras [cuando trabajábamos en Brownsville] nos juntábamos los sábados en las tardes o los viernes, dependiendo, porque hay quienes trabajaban de lunes a viernes y otras que trabajábamos de lunes a sábado. Y en las casas en las que trabajábamos nos daban nuestro cuarto y teníamos todo; nos atendían bien los señores, siempre nos tocaba nuestro cuarto con nuestro baño, no nos faltaba nunca nada y les pedíamos que si podían ir nuestras amigas a quedarse el fin de semana y nos decían que sí, y nos turnábamos, a veces íbamos a una casa o en otra, o si no, nos juntábamos todas el fin de semana, pero en el *mall*. Los señores nos llevaban al *mall* y nos dejaban y ya cuando decidíamos de ir a la casa, les hablábamos, o a veces le hablábamos a un taxi para que nos llevara para la casa.

Y en las casas eran reuniones de estar ahí platicando. Ordenábamos pizza o hacíamos algo. Incluso el señor en donde yo estaba me decía “si quieren hacer algo, díganme, yo las llevo a que compren y les ayudo a cocinar algo” y sí comprábamos carne y nos ayudaba él a hacer nuestra carne asada. Él nos cocinaba en el asador y comíamos todos (Felicitas, entrevista en Richardson, Texas, 2016).

Las otomíes del Mezquital llegaron a consolidar una importante red de migración sostenida por la participación económica de sus empleadores texanos, quienes eran los encargados de pagar su cruce fronterizo. Esta dinámica se extendió por varias ciudades del sur de Texas y gracias a los testimonios sabemos que se mantuvo activa durante toda la década de los noventa.

Ahora bien, dicha red se fue desmantelando poco a poco debido a la migración masiva que se presentó desde el Mezquital a fines de esos mismos años y que terminó influyendo en las dinámicas migratorias que habían establecido y construido las mujeres en el sur de Texas. Tal como Felicitas explica, hubo un momento en el cual sus familiares y conocidos influyeron en ella para que abandonara su trabajo en Brownsville, pues, según le dijeron, en las grandes ciudades del norte de Texas, como Dallas o Fort Worth, se ganaba mucho mejor.

Aunque ella tenía planeado y acordado volver con sus patrones en Brownsville, en julio de 1999 la propia inercia de la migración de sus familiares la llevó a irse hasta Dallas, sirviéndose de las redes migratorias tejidas por los hombres otomíes en el norte de Texas:

Y ya cuando yo me vine de regreso en julio, como a mediados, que tenía que regresar ya me vine con la hermana de Antonio, y con Fernanda y su primo de

Severino y otro muchacho de allá, pero ellos ya tenían pensado de venirse para Dallas, y ya pues todos venían y entonces yo dije “yo también me voy” y ya ustedes se van [a Dallas] y yo me quedo en Brownsville, porque ya todos tenían personas que respondieran por ellos, es decir, que les ayudaran a pagar para pasar, y pues yo no tenía; bueno, sí tenía a mi hermano, pero que apenas había venido, y cuando estaba en la frontera a punto de cruzar me dijo mi prima que nos fuéramos al norte de Texas, y yo les decía que no y que no, y hasta que me convencieron, pero les dije “no hay nadie que responda por mí allá”, y le estuve hablando a mis hermanas que estaban aquí en Dallas, pero ninguna me contestó, entonces les dije “no me voy a ir porque no me contestan, y allá ¿adónde voy a llegar y quién va a pagar?” Porque, aunque Brownsville este ya acá [en Estados Unidos] no puede venir en autobús [hasta el norte], hay que pagar el “coyote” porque hay chequeos. Es que están ahí pegaditos. Hay como uno o dos chequeos todavía para venirse para acá al norte de Texas. Y nos trajeron un rato en el carro y también caminamos un día y una noche. En Corpus Christi ya no hay chequeo. Y un muchacho que se llama Agustín me dijo que él me prestaba y él tenía quien respondiera por él y dijo que podía hablarle a su primo que le prestara, y yo le decía que no, pero pues le dije que luego ¿quién iba a responder por mí allá? y me dijo “llegando le hablamos a tus hermanas, y ya te tienen que contestar”, y sí me convencieron y me vine (Felicitas, entrevista en Richardson, Texas, 2016).

Fue así como la gran red de migrantes del Mezquital —conformada en un inicio por hombres llegados al norte de Texas— se fue robusteciendo al ir integrando a una diversidad de migrantes otomíes; incluso las redes femeninas que tenían otros destinos migratorios en el sur de Texas —como aquella en la que participó Felicitas— se unieron a ésta, más grande e incluyente. A continuación, veremos cómo se generaron dichas cadenas migratorias de carácter étnico y familiar a fines de los noventa e inicios del siglo xx en el norte de Texas.

Tercera fase (1990-actualidad).

Migración otomí mezquitalense por cadenas migratorias y la conformación de una comunidad transnacional

Como hemos mencionado, la migración masculina otomí tomó una ruta distinta de la femenina para adentrarse en Estados Unidos. Ellos experi-

mentaron otros riesgos debido a que su cruce fronterizo implicaba caminar durante cinco o seis días en el desierto hasta vislumbrar las primeras rancherías del sur de Texas. En esos sitios fueron ofreciendo su mano de obra a los rancheros, quienes los empleaban en diversas actividades (poner una cerca, limpiar, desyerbar, construir, pintar, etcétera). Tal fue la experiencia de Fernando, otomí de Ixmiquilpan, quien en 1983 llegó caminando hasta Texas, en compañía de sus amigos:

Llegamos en la frontera y pasamos el siguiente día. Llegamos a un basurero y encontramos un pastel, teníamos mucha hambre. Y primero comió mi amigo y dice “lo voy a comer y si ya me muero, pues ya...”. Fuimos a caer hasta San Ángel, Texas, en un rancho. Ahí vivíamos en un granero, y como si anduviéramos en México, no había luz; hacíamos ahí la lumbre para cocinar. Y trabajamos desyerbando y haciendo cercas. Y ahí trabajé todo el tiempo. Tenían ganado en ese rancho; mi patrón era americano (Fernando, entrevista en Garland, Texas, 2016).

A mediados de los noventa, los hombres otomíes tenían un cúmulo de conocimientos que habían obtenido al insertarse laboralmente en los ranchos texanos. El sur de Texas fue un lugar clave, pues desde ahí se diversificaron sus rutas migratorias, ahora dirigiéndose hacia el norte de Texas. En las ciudades de San Antonio, Austin, Dallas, Fort Worth, Arlington, Garland, Richardson, algunos hombres otomíes probaron suerte trabajando principalmente en restaurantes y en la construcción.¹⁰ Asimismo, algunos de ellos lograron acceder a la residencia estadounidense, dado que en aquellos años se dio la amnistía del IRCA de 1986, y esto les dio mayor confianza para probar suerte en las ciudades antes mencionadas, así como en otras pertenecientes a estados vecinos.

Resulta sorprendente cómo en tan sólo medio siglo ampliaron sus horizontes laborales, poco a poco, pasando de ser campesinos en el Mezquiteal y albañiles de medio tiempo en la Ciudad de México, a empleados en las rancherías texanas, logrando posteriormente dar un salto impor-

¹⁰ No negamos la expansión de la migración otomí, en esa década, a otros estados como California, Colorado, Georgia, Florida o Carolina del Norte y del Sur. La intención de extenderlos en su presencia en Texas es porque fue uno de los primeros flujos migratorios que se desarrollaron a fines del siglo pasado. Además, al haber realizado trabajo de campo en dicho estado tenemos testimonios que nos apoyaron en la reconstrucción histórica de las cadenas migratorias en Texas.

tante que los llevaría hasta las metrópolis del norte de Texas en las que fueron internándose para probar suerte en diversos sitios como restaurantes, en la construcción, como contratistas, chóferes o dueños de sus propios negocios.

A finales de esa década y a inicios del 2000, podemos observar una transformación en las rutas de migración otomí. Debido a las condiciones de confort generadas a lo largo del tiempo, los hombres comenzaron a llevar a Estados Unidos a sus familiares, incluyendo a sus esposas e hijos, lo que propició la reunificación familiar y la recreación de la cultura y la comunidad otomí de ese lado de la frontera. En esta tercera fase se destacan las cadenas migratorias masculinas, ya que éstas fueron la clave para el desplazamiento de mujeres, niños y familias completas que llegaron a vivir de manera permanente en las ciudades del norte de Texas. También se caracterizó por el traslado sucesivo de personas gracias a la gran experiencia que habían obtenido los hombres en el cruce fronterizo, pues ellos ayudaron —como guías o “coyotes”— a llevar caminando por el desierto a cientos de mujeres y hombres otomíes.

El reunir a las familias y generar mayores vínculos en Estados Unidos propiciaron mejores condiciones de vida para las y los migrantes, quienes en la convivencia cotidiana en las casas y departamentos que rentaban compartían sus gustos gastronómicos, musicales, podían hablar en su lengua materna y recordar anécdotas del terruño e incluso llevar a cabo sus festividades tradicionales, como las bodas, bautizos, xv años, Semana Santa, Navidad, etcétera.

Como lo narró Felicitas, las mujeres solteras comenzaron a sentir interés por ir a las ciudades del norte de Texas en donde sus familiares estaban viviendo y trabajando, así que fueron cambiando poco a poco sus rutas y destinos migratorios para reunirse con los familiares que trabajaban allá porque los salarios eran mejores y había más oferta laboral. Para acceder a las ciudades del norte de Texas, fue necesaria la colaboración de sus padres, hermanos, primos u otros familiares que residían allá porque ellos les podían prestar dinero para el pago del “coyote”, así como ayuda para conseguir una vivienda, aunque fuera de manera provisional. No olvidemos que para ese entonces el cruce fronterizo ya era caro y muy peligroso, e implicaba diversos riesgos que iban desde el robo, hasta el abuso sexual, e incluso podían perder la vida en accidentes o por deshidratación en el camino.

En ese momento las rutas migratorias de las mujeres se unificaron con las de los hombres. Transitaron juntos a través de la frontera y se instalaron con otros familiares en el norte de Texas, gracias a los conocimientos de los varones que tenían más tiempo residiendo en aquel país.

Felicitas recuerda cómo fue llegar al norte de Texas en compañía de sus primos, primas y amigos del pueblo, y cómo esta movilidad les permitió a las mujeres tener mejores ingresos que los que obtenían como trabajadoras del hogar en la frontera texana. Al preguntarle por qué todos querían ir al norte de Texas en esos años ella respondió lo siguiente:

Ellas [mis hermanas] sí habían estado aquí [Dallas] y sabían que estaba mejor aquí. Y allá no te pagan como aquí te pagan. Allá [en la frontera] me pagaban por semana por limpiar la casa y cuidar los niños, nos pagaban lo de ochenta dólares a la semana y acá no, aquí son ochenta dólares al día, así que nos convenía mejor venir para acá. Me vine y llegamos a Houston, porque la mayoría llegaba ahí. Y fue mi primo por mí y por mis otras primas, y llegué y mi hermano Pedro pagó lo que me había prestado el muchacho, y yo había pensado en quedarme con mi prima en donde ella iba a llegar, y mi hermano me dice “tú no te vas a quedar ahí, son muchos los que viven ahí y ya no vas a caber”, y me mandaron con mi prima que vive en Fort Worth. Sí, allá fui a dar sin saber dónde (risas). Eso fue en 1999. Ahí fue donde empecé (Felicitas, entrevista en Richardson, Texas, 2016).

Como podemos observar en el testimonio, a fines de los noventa, las mujeres comenzaron a viajar a las ya mencionadas ciudades texanas con la intención de trabajar y estar más cerca de sus familiares. Estas migraciones no se detuvieron hasta finales de la primera década del siglo XXI debido a la securitización de la frontera y al gran riesgo que suponía cruzar sin documentos, tal como lo habían hecho décadas atrás. Para ese momento, la reunificación familiar fue la clave de la movilidad otomí en las ciudades del norte de Texas, pero la migración dejó de ser temporal, para ser definitiva, no sólo por la gran distancia entre el Mezquital y el norte de Texas, sino por lo peligroso del cruce fronterizo.

En dichas ciudades, las otomíes se emplearon en los servicios, ampliando sus habilidades laborales y logrando posicionarse en diversos trabajos como en restaurantes, en hoteles como recamareras, en lavanderías y en una diversidad de espacios en los que convivían con sus familiares y cono-

cidos. Cabe señalar que las otomíes siguen siendo reconocidas por su desempeño honesto y eficiente en Estados Unidos, y gracias a ello han obtenido salarios competitivos. A pesar del creciente racismo en Estados Unidos contra las y los mexicanos, ellas han tratado de salir adelante (Paz Escalante, 2020b).

Es así como la comunidad otomí se ha desarrollado en una dinámica transnacional desde esta tercera fase, ya que existe una fuerte comunicación a través de la frontera con los familiares que siguen residiendo en los pueblos del Mezquital. Asimismo, los envíos que circulan de manera cotidiana entre las comunidades indígenas y las ciudades receptoras de otomíes en Estados Unidos llaman la atención debido a que no sólo se trata de remesas, sino que se registra toda una serie de envíos, socialmente organizados, a manera de remesas socioculturales y también de “remesas afectivas”, para sentirse conectados y cercanos a sus familiares, y así paliar la tristeza (*ndunthi dumüi*) que sienten por estar lejos de sus seres queridos.¹¹

A manera de conclusión

En el presente capítulo identificamos las rutas de mujeres otomíes hidalguenses en la migración interna e internacional, desarrolladas en tres fases desde mediados y hasta fines del siglo xx. Desde una perspectiva de género, analizamos su participación en el gran proyecto migratorio que se desató en el Valle del Mezquital desde los años sesenta hasta los noventa, que culmina, como revisamos, con una amplia migración internacional rumbo a Texas y otros estados en el vecino país.

Las duras condiciones económicas y sociales de los otomíes del Valle del Mezquital llevaron tanto a mujeres como a hombres a emigrar a la Ciudad de México desde los sesenta. Con esta acción, las familias buscaban una alternativa para allegarse el sustento económico diario, lo cual era un verdadero problema, y se agravaba cuando las familias eran numerosas.

A través de las narraciones de mujeres otomíes comprendimos cómo hicieron equipo con otras para emigrar y encontrar empleo. En la primera fase emigraron a la Ciudad de México como trabajadoras del hogar, donde

¹¹ Algunos de los objetos culturalmente apreciados son los platillos típicos de la región del Mezquital: la barbacoa, los tlacoyos, las tortillas, los tamales, los nopales, etcétera (Paz Escalante, 2020b).

algunas, como Alma, recibieron malos tratos por parte de sus empleadores, quienes las discriminaron en razón de su origen indígena y abusaron de su poder al acosarlas o incluso agredirlas sexualmente, sin que hubiera ninguna consecuencia legal para esos patrones.

Llegados los años noventa, las otomíes decidieron probar suerte como trabajadoras en Estados Unidos, arribando, primero, a ciudades texanas fronterizas —colindantes con Tamaulipas—, donde trabajaron en casas limpiando y cuidando a los niños. Al ver la mejora en salarios y trato por parte de sus empleadoras y empleadores, fueron abandonando sus trabajos en la Ciudad de México, y las redes femeninas de migrantes se consolidaron en esta ruta que las llevó a trabajar en Brownsville, McAllen y Laredo, Texas.

Más adelante, y respondiendo a las dinámicas migratorias nacionales, las y los migrantes otomíes comenzaron una migración de corte internacional rumbo a Estados Unidos. Esto permitió una mejora en las condiciones de sus familias, ya que los salarios eran mayores y, con el cambio de divisas, se incrementaron los ingresos recibidos vía las remesas.

Asimismo, las rutas de los hombres otomíes comenzaron a consolidarse desde mediados de los ochenta e incluían diversos puntos de Texas como Dallas, Fort Worth y Austin, donde habían empezado a buscar oportunidades laborales, lo que les brindó la ventaja de explorar opciones, mientras conocían nuevos estilos de vida y vecindarios, en los que fueron asentándose. Instalados ahí, en las urbes del norte de Texas, estos hombres fortalecían el apoyo económico y social a sus familiares, los que, eventualmente, también quisieron ir a vivir y trabajar en Estados Unidos.

La ventaja de quienes pudieron tramitar sus residencias acogidos a la amnistía del IRCA es que esto les permitió expandir la red migratoria del Mezquital a Texas y a otros estados cercanos. Las mujeres fueron incluidas en estas redes, aunque de manera tardía. Ellas llegaron al norte de Texas principalmente por reunificación familiar, pero hubo otras que quisieron ir a trabajar siendo solteras o madres solteras, con la finalidad de ahorrar para enviar dinero a sus familiares en México. Con esta migración mucho más incluyente, masiva y extensa por el territorio estadounidense fue como se consolidó la comunidad otomí trasnacional, tal como la podemos estudiar hoy, a inicios del siglo XXI.

Fuentes

ALLENDES, CLAUDIA y ANDRÉS SOLIMANO

2007 *Migraciones internacionales, remesas y el desarrollo económico: la experiencia latinoamericana*. Santiago de Chile: ONU-CEPAL, en <http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/6/32096/LCL2813_P.pdf>, consultada el 22 de junio de 2020.

ÁLVAREZ MUNDO, JUANA

1995 “La emigración internacional en el estado de Hidalgo”, en Pablo Vargas. ed., *Hidalgo. Población y sociedad al siglo XXI*. Pachuca: Centro de Estudios de Población, UAEH.

ARIZA, MARINA y ALEJANDRO PORTES, eds.

2007 *El país transnacional: migración mexicana y cambio social a través de la frontera*. México: IIS, UNAM, en <<http://ru.iis.sociales.unam.mx/jspui/handle/IIS/4418>>, consultada el 26 de mayo de 2016.

ARIZPE, LOURDES

1985 *Campesinado y migración*. México: Consejo Nacional de Fomento Educativo.

1983 “El éxodo rural en México y su relación con la migración a Estados Unidos”, *Estudios Sociológicos* 1, no. 1: 9-33.

1975 *Indígenas en la Ciudad de México. El caso de las “Marías”*. México: Setentas.

ASAKURA, HIROKO

2013 *Movimientos en espiral: sexualidad y maternidad de mujeres mixtecas con experiencia migratoria transnacional*. México: La Casa Chata.

BESSERER, FEDERICO

2019 *Estudios transnacionales. Claves desde la Antropología*. México: UAM-I-Juan Pablos Editor.

2014 “Regímenes de sentimientos y la subversión del orden sentimental. Hacia una economía política de los afectos”, *Nueva Antropología* XXVII, no. 81: 55-76.

CASTAÑEDA, MARTHA PATRICIA

- 2014 “Investigación feminista: caracterización y prospectiva”, en Edgar Montiel, coord., *Pensar un mundo durable para todos*. Lima: UNESCO-UNMSM, 151-164.
- 2008 *Metodología de la investigación feminista*. Antigua, Guatemala: Fundación Guatemala-CEIICH, UNAM.

CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN (CONAPO)

- 2010a “Hidalgo: grado de intensidad migratoria por municipio, 2010”, en <http://www.conapo.gob.mx/work/models/Conapo/intensidad_migratoria/mapas_b/b13_hidalgo.pdf>.
- 2010b “Intensidad migratoria a nivel estatal y municipal”, en <http://www.conapo.gob.mx/work/models/Conapo/intensidad_migratoria/pdf/IIM_Estatal_y_Municipal.pdf>, consultada el 9 de abril de 2018.

CONTRERAS ROMÁN, RAÚL

- 2021 “Para una antropología de los sueños humildes. Elementos para trascender el presente etnográfico”, *Revista Memória em Rede* 13, no. 24: 178-207.
- 2019 “Indio, campesino y migrante. Los proyectos históricos en la construcción del Valle del Mezquital como región”, *Estudios de Cultura Otopame*, no. 10 (octubre): 13-57, en <https://www.academia.edu/40124653/Indio_campesino_y_migrante_Los_proyectos_en_la_construccion_del_Valle_del_Mezquital_como_region>.

DÍAZ CASTAÑEDA, DAVID

- 2006 *Migración indígena hidalguense*. Tijuana: Coordinación General de Apoyo al Hidalguense en el Estado y el Extranjero-Sedeso-Gobierno de Hidalgo, en <<http://www.huellasmexicanas.org/alejandra/indigenas-y-migracion/migracionindigenaHidalgodatos.pdf>>.

DOW, JAMES

- 2002 “Historia y etnografía de los otomíes de la sierra”, conferencia, CIESAS-Ciudad de México, 25 de febrero, en <<https://xdocs.net/download/historia-y-etnografia-de-los-otomis-de-la-sierra-5c3cea44069e6?hash=b09149e51a6a03695c53ea50099e4df5>>.

- 2000 “The Otomian and Purepechan Cultures of Central Mexico”, en Victoria R. Bricker, ed., *Supplement to the Handbook of Middle American Indians. Ethnology*. Texas: University of Texas Press, 65-82, en <https://www.academia.edu/4999082/The_Otom%C3%ADan_and_Pur%C3%A9pechan_Cultures_of_Central_Mexico>, consultada el 31 de marzo de 2016.

DURAND, JORGE y DOUGLAS MASSEY

- 2003 *Clandestinos: migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*. México: UAZ-Miguel Ángel Porrúa.

FORTUNY LORET DE MOLA, PATRICIA y ELIZABETH JUÁREZ CERDI

- 2007 “Espacios sagrados y seculares entre inmigrantes jornaleros en Immokalee, Florida”, en Agustín Escobar Latapí, ed., *Nación, Estado, comunidad: consolidación y emergencia de la emigración mexicana*. Buenos Aires: CIESAS-Antropofagia, 227-50.

FORTUNY LORET DE MOLA, PATRICIA y MIRIAN SOLÍS LIZAMA

- 2006 “Solidaridades entre poblaciones móviles: campesinos, mestizos e indígenas mexicanos en el suroeste de la Florida”, *Desacatos*, no. 20 (enero-abril): 135-154, en <https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2006000100006>.

FOURNIER, PATRICIA

- 2007 *Los hñähñü del Valle del Mezquital: maguey, pulque y alfarería*. México: INAH-ENAH.

FOX, JONATHAN y GASPAR RIVERA-SALGADO, coords.

- 2004 *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: H. Cámara de diputados, LIX Legislatura-Universidad de California-UAZ-Miguel Ángel Porrúa, en <<http://fiob.org/wp-libros/indigenas-mexicanos-migrantes-en-los-estados-unidos.pdf>>.

GALINIER, JACQUES

- 2001 “Una mirada detrás del telón. Rituales y cosmovisión entre los otomíes orientales”, en Johanna Broda y Félix Báez-Jorge, coords.,

Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México.
México: Conaculta-FCE, 453-484.

GAMIO, MANUEL

1952 “Consideraciones sobre problemas del Valle del Mezquital”, *América Indígena* 12, no. 3: 217-223.

GONZÁLEZ CRUZ, JUAN

2010 *Entre cardos y polvo. El orgullo de ser hñähñu.* Hidalgo: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo.

GUERRERO GALVÁN, ALONSO

2012 “La diversidad lingüística en Hidalgo”, en Lourdes Báez, Gabriela Garret, David Pérez, Beatriz Moreno, Julio Fierro y Milton Hernández, coords., *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico.* Ciudad de México: Gobierno del Estado de Hidalgo-INAH, 33-45.

HIRAI, SHINJI

2009 *Economía política de la nostalgia. Un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos.* México: UAM-I-Juan Pablos Editor.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (INEGI)

2021 “Lengua indígena”, en <<https://www.inegi.org.mx/temas/lengua/>>, consultada el 30 de marzo de 2021.

KUGEL, VERÓNICA

2014 “Vacío de cariño y de autoridad. Las ausencias por migración”, en Pablo Serrano Álvarez, ed., *Migración y familia en Hidalgo.* México: Toma y Lee, 149-159.

LAGARDE, MARCELA

2005 *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas.* México: CEIICH-PUEG, UNAM.

LANKS, H. C.

1938 “Otomi Indians of Mezquital Valley, Hidalgo”, *Economic Geography* 14, no. 2: 184-194.

LASTRA DE SUÁREZ, YOLANDA

2006 *Los otomíes: su lengua y su historia*. México: IIA, UNAM.

MARCUS, GEORGE E.

2001 “Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal”, *Alteridades* 11, no. 22 (julio-diciembre): 111-127.

MARTÍNEZ, ARMANDO

2021 “Cuántos indígenas y afrodescendientes hay en México”, *Milenio*, 25 de enero, en <<https://www.milenio.com/politica/comunidad/cuantos-indigenas-y-afrodescendientes-hay-en-mexico-inegi-2021>>, consultada el 30 de marzo de 2021.

MORENO ALCÁNTARA, BEATRIZ, MARÍA GABRIELA GARRET RÍOS

y ULISES JULIO FIERRO ALONSO

2006 *Otomíes del Valle de Mezquital. Pueblos indígenas del México contemporáneo*. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), en <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/12573/otomies_valle_mezquital.pdf>, consultada el 14 de agosto de 2016.

MUMMERT, GAIL

2015 “Pensando las familias transnacionales desde los relatos de vida: análisis longitudinal de la convivencia intergeneracional”, en Marina Ariza y Laura Velasco Ortiz, eds., *Métodos cualitativos y su aplicación empírica: por los caminos de la investigación sobre migración internacional*. México: IIS-DGAPA, UNAM-El Colegio de la Frontera Norte, 151-186.

MUÑOZ, HÉCTOR, RAINER ENRIQUE HAMEL, VÍCTOR FRANCO PELLOTIER,

GERARDO LÓPEZ CRUZ y MARÍA TERESA SIERRA

1980 “Castellanización y conflicto lingüístico: el caso de los otomíes del Valle del Mezquital”, *Boletín de Antropología Americana*, no. 2 (diciembre): 129-146, en <<http://hamel.com.mx/Archivos-Publicaciones/1980%20Castellanizacion%20y%20conflicto%20linguistico.pdf>>.

ORTIZ LAZCANO, ASael y MARTÍN CASTRO GUZMÁN

- 2008 “Una revisión histórica de los niveles de bienestar en Hidalgo, a partir de los datos censales”, en Asael Ortiz Lazcano y María Félix Quezada Ramírez, coords., *Etnicidad, migración y bienestar en el estado de Hidalgo*. México: UAEH, 13-28.

ORTIZ LAZCANO, ASael y SÓCRATES LÓPEZ PÉREZ, eds.

- 2006 *Viejos y nuevos problemas demográficos en el estado de Hidalgo*. Pachuca de Soto, Hgo.: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, UAEH, en <http://www.uaeh.edu.mx/investigacion/productos/5436/viejos_y_nuevos_problemas_demograficos.pdf#page=36>, consultada el 3 de agosto de 2016.

PARELLA, SÒNIA y LEONARDO CAVALCANTI

- 2006 “Una aproximación cualitativa a las remesas de los inmigrantes peruanos y ecuatorianos en España y a su impacto en los hogares transnacionales”, *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, no. 116: 241-257, en <<https://www.redalyc.org/pdf/997/99715259008.pdf>>.

PAZ ESCALANTE, AMBAR

- 2022 “Ndunthi dumüi: Latidos del corazón en la migración otomí: circuitos migratorios, remesas afectivas y sororidades entre Ixmiquilpan, Texas y Florida”, tesis de doctorado, CIESAS-Ciudad de México.
- 2021 “‘No estamos juntas, pero estamos siempre unidas de corazón’. Mujeres indígenas, sororidad y vínculos afectivos entre México y Estados Unidos”, *Millcayac* 8, no. 14 (marzo-agosto): 115-136, en <<https://www.redalyc.org/journal/5258/525869021006/html/>>.
- 2020a “De migrantes internas a internacionales. Mujeres otomíes hidalguenses trabajadoras del hogar en Ciudad de México: violencias, redes y emociones”, ponencia presentada en el marco del seminario permanente interinstitucional “Movilidades en contextos migratorios”, del IIS, UNAM, 28 de octubre, en <<https://www.youtube.com/watch?v=Eqw4F4NCdPY>>.

- 2020b “El migrante: movilidades, estigmas y violencias”, en Sofía Reding y Stefano Santasilía, eds., *Estigma y villanía: la construcción simbólica del enemigo*. México: Bonilla Artigas Editores-CIALC, UNAM, 183-194.
- 2017 “Mujeres otomíes en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas: migración, identidad y trabajo en el marco de la violencia”, tesis de maestría, CIESAS-Ciudad de México, julio, en <<https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1015/574/1/TE%20P.E.%202017%20Ambar%20Itzel%20Paz%20Escalante.pdf>>.

PIZARRO HERNÁNDEZ, KARINA

- 2010 *El pasaporte, la maleta y la barbacoa. La experiencia urbana a través de los saberes y sabores transnacionales. Estudio de caso Pachuca-Chicago*. Pachuca de Soto, Hgo.: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, UAEH.

QUEZADA RAMÍREZ, MARÍA FÉLIX

- 2018 “Migración internacional y desarrollo local: la experiencia de dos localidades otomíes del Valle del Mezquital, Hidalgo, México”, *Región y Sociedad* 30, no. 73 (septiembre-diciembre), en <<https://regionysociedad.colson.edu.mx:8086/index.php/rys/article/view/975>>, consultada el 6 de febrero de 2020.

RIVERA GARAY, MARÍA GUADALUPE y MARÍA FÉLIX QUEZADA RAMÍREZ

- 2011 “El Valle del Mezquital, estado de Hidalgo. Itinerario, balances y paradojas de la migración internacional de una región de México hacia Estados Unidos”, *Trace. Procesos Mexicanos y Centroamericanos*, no. 60: 85-101, en <<http://trace.org.mx/index.php/trace/article/view/450>>.

RIVERA SÁNCHEZ, LILIANA

- 2012 *Vínculos y prácticas de interconexión en un circuito migratorio entre México y Nueva York*. Buenos Aires: Clacso.

RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, OLGA LUCÍA

- 2003 “Del maguey al concreto: migración y transición de la vivienda otomí”, *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* VII,

no. 146 (1° de agosto): 1-63, en <[http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(063\).htm](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(063).htm)>, consultada el 18 de marzo de 2016.

ROJAS GONZÁLEZ, FRANCISCO

1939 “Las industrias otomíes del Valle del Mezquital”, *Revista Mexicana de Sociología* 1, no. 1: 88-96, en <<http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/58013/51290>>.

ROLDÁN DÁVILA, GENOVEVA y CAROLINA SÁNCHEZ GARCÍA, coords.

2015 *Remesas, migración y comunidades indígenas de México*. México: IIEC, UNAM, en <https://www.nacionmulticultural.unam.mx/remesasindigenas/images/pdf/Remesas_migracion_y_comunidades_indigenas_de_Mexico.pdf>.

SÁNCHEZ GÓMEZ, MARTHA JUDITH

2014 “Reflexiones sobre la movilidad de la población indígena en México: desde la integración hasta la globalización”, *Amérique Latine, Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, no. 27, en <<http://journals.openedition.org/alhim/4923>>, consultada el 16 de febrero de 2018.

2007 “La importancia del sistema de cargos en el entendimiento de los flujos migratorios indígenas”, en Marina Ariza y Alejandro Portes, coords., *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*. México: IIS, UNAM, 349-390, en <http://ru.iis.sociales.unam.mx/bitstream/IIS/4418/9/pais_transnacionalc.pdf>.

SCHMIDT, ELLA y MARÍA CRUMMETT

2004 “Herencias recreadas: capital social y cultural entre los hñahñú en Florida e Hidalgo”, en Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado, coords., *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: H. Cámara de diputados, LIX Legislatura-Universidad de California-UAZ-Miguel Ángel Porrúa, en <<http://fiob.org/wp-libros/indigenas-mexicanos-migrantes-en-los-estados-unidos.pdf>>, 435-450.

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN (SEGOB) y FUNDACIÓN BBVA (BBVA)

2019 *Anuario de Migración y Remesas, México 2019*. México: Conapo, Segob-Fundación BBVA, en <<https://www.gob.mx/conapo/documentos/anuario-de-migracion-y-remesas-mexico-2019>>.

SERRANO, TOMÁS

2006 *Y se fue... Los municipios hidalguenses de muy alta migración internacional*. México: UAEH.

SOBRINO, JAIME

2010 *Migración interna en México durante el siglo XX*. México: Conapo.

SOLÍS LIZAMA, MIRIAN y PATRICIA FORTUNY LORET DE MOLA

2010 “Otomíes hidalguenses y mayas yucatecos: nuevas caras de la migración indígena y viejas formas de organización”, *Migraciones Internacionales* 5, no. 4 (julio-diciembre): 101-138, en <<https://migracionesinternacionales.colef.mx/index.php/migracionesinternacionales/article/view/1072/540>>.

SOUSTELLE, JACQUES

1993 *La familia otomí-pame del centro de México*. Toluca: IMC-UAEM.

VELASCO ORTIZ, LAURA y GIOVANNA GIANTURCO

2015 “Migración internacional y biografías multiespaciales: una reflexión metodológica”, en Marina Ariza y Laura Velasco Ortiz, eds., *Métodos cualitativos y su aplicación empírica: por los caminos de la investigación sobre migración internacional*. México: IIS-DGAPA, UNAM-El Colegio de la Frontera Norte, 115-150.